

Descubre lo que realmente debe ser tu prioridad // Juan José Estévez

La prioridad suprema: buscar a Dios y salvar el alma

La vida de toda persona está marcada por decisiones y prioridades. Sin embargo, existe una prioridad que está por encima de todas: buscar a Dios y tener una experiencia personal con Él. La pregunta planteada en Mateo 16:26 resuena con fuerza a lo largo de los siglos: ¿qué aprovechará al hombre si gana todo el mundo y pierde su alma? Esta reflexión nos confronta con una verdad ineludible: no hay logro, éxito o reconocimiento que pueda compararse con el valor eterno del alma.

Ordenar correctamente las prioridades no es un asunto opcional, sino esencial. La ocupación principal del ser humano debe ser atender su salvación con temor y temblor, entendiendo que cualquier conquista personal pierde su valor si lo eterno queda relegado a un segundo plano. Reflexionar sobre nuestras motivaciones y cambiar aquellas prioridades egoístas es el primer paso hacia una vida verdaderamente significativa.

La brevedad de la vida y la realidad del juicio

Desde el momento de la concepción, el reloj de la vida comienza su marcha. Cada segundo nos acerca al día en que nos presentaremos delante de Dios. La vida es breve y frágil, y caminar ignorando esta realidad es vivir de espaldas a la

verdad más profunda de nuestra existencia.

La Escritura enseña que los hombres mueren una sola vez y después viene el juicio. Esta certeza debería llevarnos a vivir con conciencia, sabiendo que el tiempo es un recurso limitado. No se trata de vivir con temor paralizante, sino con responsabilidad espiritual. Vivir sin Dios es, en última instancia, una experiencia vacía y vana, porque desconecta al ser humano de su propósito eterno.

El uso del tiempo y la vanidad de los logros sin Dios

Todos disponemos del mismo número de horas al día. La diferencia no está en el tiempo que tenemos, sino en cómo lo utilizamos. Dios concede oportunidades para establecer una conducta de vida que le honre, pero depende de nosotros decidir si invertimos nuestro tiempo en lo eterno o lo desperdiciamos en lo pasajero.

La reflexión de Salomón en el libro de Eclesiastés expone con claridad la vanidad de una vida centrada únicamente en logros humanos. Con recursos, sabiduría y poder, experimentó todo lo que muchos anhelan, pero concluyó que sin la bendición de Dios todo es vanidad y aflicción de espíritu. Incluso en el Salmo 127 se nos recuerda que si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Esta verdad revela que la ecuación de la vida no funciona cuando Dios es excluido.

Hay quienes alcanzan metas, pero no encuentran gozo. Otros inician proyectos que jamás terminan. Y algunos logran todo lo que soñaron, pero descubren un vacío interior que los consume. El éxito externo no garantiza satisfacción interna. Solo la presencia de Dios puede llenar el alma con paz y propósito.

Construir con Dios como fundamento

El error de muchos consiste en edificar su propia realidad sin incluir a Dios como fundamento. La historia de Nehemías ilustra un principio espiritual profundo: la obra avanza cuando Dios está en el centro. Nehemías organizó al pueblo para reconstruir los muros de Jerusalén, trabajando con una mano en la pala y otra en la espada, vigilantes frente a los enemigos. Su estrategia combinaba esfuerzo humano y dependencia divina.

Sin embargo, más allá de la organización y la disciplina, la verdadera seguridad no provenía de la capacidad del pueblo, sino del cuidado de Dios. Reconocer que el guardador es el Señor cambia nuestra perspectiva. Podemos ser instrumentos, pero el que protege, provee y sostiene es Él.

Edificar sin Dios es exponerse a la frustración. Construir con Él como cimiento trae sentido, dirección y estabilidad, incluso en medio de oposición y dificultades.

La frustración del esfuerzo autosuficiente

La autosuficiencia es una ilusión seductora. El ser humano tiende a pensar que, con suficiente esfuerzo, puede garantizar su propio bienestar. Sin embargo, la experiencia demuestra que el trabajo constante, la ansiedad y el afán no producen necesariamente satisfacción.

El salmista advierte sobre el error de levantarse temprano y acostarse tarde, consumidos por el esfuerzo, olvidando que es Dios quien da a sus amados mientras duermen. Esta imagen revela una verdad profunda: la provisión última no depende exclusivamente del esfuerzo humano, sino de la gracia divina.

Dios no necesita nuestra ayuda para hacer germinar la semilla

ni para enviar la lluvia. Él obra incluso cuando descansamos. Comprender esto libera del peso de la ansiedad y del afán desmedido. El esfuerzo es bueno y necesario, pero debe estar acompañado de confianza en Aquel que tiene el control.

Hijos: herencia y bendición del Señor

En el mismo Salmo 127 se declara que los hijos son herencia de Jehová. Lejos de ser una carga, representan una bendición y una muestra del favor divino. Son comparados con saetas en manos del valiente, símbolo de fortaleza y proyección hacia el futuro.

En tiempos antiguos, los asuntos legales y sociales se resolvían en la puerta de la ciudad. Allí, la presencia de los hijos junto al padre era señal de respaldo y honor. La familia no solo era un núcleo afectivo, sino también un testimonio de estabilidad y bendición.

Además, la responsabilidad filial ocupa un lugar central. Honrar a los padres es un mandamiento con promesa. Cuando los hijos cuidan de sus padres en la vejez, se refleja el orden divino establecido para la familia y se manifiesta el amor genuino que honra a Dios.

Buscar primero el Reino de Dios

La enseñanza es clara: la prioridad no debe ser simplemente sentirse satisfecho con lo que se posee, sino buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia. Cuando Dios ocupa el primer lugar, las demás cosas encuentran su orden correcto.

Organizar la vida con esta perspectiva implica reconocer que no todo lo que anhelamos es conveniente. Muchas veces perseguimos sueños que no traen paz ni satisfacción duradera. En cambio, aquello que proviene de la mano de Dios trae

sosiego al alma.

No se trata de renunciar a los sueños, sino de someterlos a la voluntad divina. La mayor ambición no debe ser ser dueño absoluto de nuestros planes, sino permitir que Dios haga realidad aquello que Él considera bueno y perfecto para nuestra vida.

La soberanía y la guía de Dios

Dios no controla como un titiritero, pero guía con sabiduría y amor. Respeta la libertad humana, aunque conduce la historia hacia sus propósitos eternos. Cuando Él orienta nuestras decisiones, el bien se hace real en nosotros.

No es posible concebir una vida verdaderamente plena donde Dios no sea el eje central. Él se manifiesta en toda la creación y en cada detalle de la existencia. El problema no es su ausencia, sino nuestra resistencia a reconocer su presencia.

El mayor logro divino en nuestra vida no es un milagro visible, sino el perdón de nuestros pecados. Ese acto redentor supera cualquier éxito humano y redefine nuestras prioridades.

Redención, gratitud y una vida con propósito

Al final, lo que nos llevará a la presencia de Dios no serán nuestros logros ni nuestras metas cumplidas, sino el sacrificio de Cristo. Alguien hizo por nosotros lo que jamás podríamos hacer por nosotros mismos. Esa verdad transforma la perspectiva de la vida.

Reconocer que hemos gastado tiempo y energía en sueños meramente humanos nos lleva al arrepentimiento y a la búsqueda sincera de una vida centrada en Dios. La verdadera prosperidad

es la del alma: saber que está segura en los planes divinos.

Pedir luz, revelación y guía no es señal de debilidad, sino de sabiduría. Confiar en Dios como constructor y cimiento implica descansar en su gracia y caminar en su voluntad. Solo así evitaremos la frustración de alcanzar metas vacías y experimentaremos la satisfacción profunda que proviene de vivir para aquello que realmente importa: glorificar a Dios y asegurar el destino eterno del alma.